

Los sollozos dijeron lo demás.

Ella apartó suavemente su diestra de la mano trémula de su marido y la posó en la cabeza de éste, con movimiento de ternura casta y discreta. Llena ya de esas justas y sosegadas apreciaciones que da la muerte:

—“Hijito—dijo poniendo una indecible ternura de maternidad espiritual en su voz—, no te tortures así. Yo no tenía quizá más encanto que el que me daba tu cariño, y, si lo tuve, volverá al venero eterno de donde manan todas las bellezas y todos los bienes. Si tú fuiste un cristal, yo no fui sino el reflejo de una luz. Cuando me haya muerto, escribe, sin embargo, el libro. Ya yo no podré envanecerme de él aunque me fuese dado leerlo, invisiblemente, sobre tu hombro; pero Dios será loado en una de sus criaturas.

Y no dijo más; pero en su mirada, en que luchaban ya la luz y las sombras, tembló la última lágrima, como posar piedra preciosa del collar de aquella vida incomparable.

